



Corazón que no siente

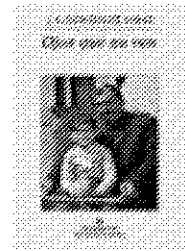
La novela cuenta la historia del cambio de vida de una familia y de cómo el padre no quiere ver la nueva realidad

%% **ENRIQUE GARCÍA FUENTES**

O tortazo que te pegas, podríamos decir, incluso, si la majestuosa circunspección que impone esta honda reflexión ética no nos conminase a guardar la sorna para otro instante menos grave, menos serio que los motivos que esta ajustadísima novela nos demanda. José Ángel González Sainz es uno de esos grandes escritores españoles contemporáneos que casi nadie conoce, sepultado perennemente por otros que dicen mucho menos pero convenientemente amplificadas, con lo cual casi todos acabamos enterándonos de sus vacuidades antes que de discursos como el de nuestro autor, pétreos, insobornables y decididamente apegados a una escritura de raza. Podría argüirse (en estos tiempos en que cualquier excusa es buena) el excesivo número de páginas de sus entregas anteriores como disculpa para postergar la lectura de las mismas, pero

este argumento se nos cae cuando, en escasas 150 páginas, este autor soriano, avecinado en Trieste, posa sobre nosotros una historia demoledora y brutal, llena de aristas, sobre la desgracia de un hombre común que ve cómo se tambalean sus sólidos principios morales y asume de la forma más dolorosa posible el fracaso de una ética irreprochable que le había permitido ser feliz hasta el momento de su derrumbe. Felipe Díaz Carrión es un hombre sencillo, de un pueblo que nunca se nombra, que emigra al norte con su familia cuando cierra la empresa donde trabaja y el pequeño campo que posee es insuficiente para las necesidades de su esposa y su hijo. Cuando aterriza en su nueva vida lo hace, como el título nos sugiere, con ojos que parecen no ver, con un espíritu limpio y ajeno no sólo a los vaivenes ideológicos del nuevo entorno que le rodea (el País Vasco) sino ciego ante los cambios que su propia familia va experimentando en relación con la nueva circunstancia. Acostumbrado a su sólida filosofía de vivir, escuchar y respetar los límites que sólo el prójimo puede marcarnos, no percibe que los principios que ha respetado a rajatabla (y que paulatinamente van causándole cada vez más pro-

blemas en su desesperado intento de mantenerlos a sangre y fuego, como ocurre en su actitud de protesta frente al secuestro de su «patrón») ya no le sirven para mantener lo que ha ido construyendo a lo largo de su vida y que ahora va derrumbándose ante sus propias narices: su propia esposa lo desprecia, su hijo mayor le humilla y sólo puede aferrarse al cariño del hijo menor quien, de rebote, paga también en sus carnes la crueldad de toda la situación. Asqueado de todo, decide volver al pueblo, a su campo, del que quizá no debió salir. Allí, en deliciosas páginas que abrían la novela y prácticamente se repiten en su último tercio, vuelve a realizar el trayecto que antaño hiciese todos los días, de su casa al campo, para descubrir que todo permanece como él lo dejó, con la salvedad de una cruz que ahora recuerda a varias personas del pueblo, entre ellas su propio padre. No sirve esta huida; no sirve no querer ver que los síntomas que acechaban a su familia se han expandido hasta lo álgido: su mujer, que lo había abandonado, es elegida concejal por un partido «del que todo el mundo sabía lo que había que saber» y su hijo mayor se convierte en un activista asesino. Y estremece el parangón que establecerá



OJOS QUE NO VEN

Autor: José Ángel González Sainz.
Género: Novela. Editorial: Anagrama.
Barcelona, 2010. Páginas: 160. Precio: 14,25 euros

en su momento entre diferentes actos violentos, sufridos o provocados por su propia familia, que son portentosamente recreados por el autor en una prosa noble y compacta que homologa, de forma valiente y sin dobleces, la sinrazón de ambos comportamientos (diametralmente opuestos a la ética que nuestro personaje siempre sostuvo). Personajes y situaciones dolorosamente reconocibles dan un indudable matiz de acercamiento a lo descrito, aunque en ningún momento se mencionen nombres, apellidos ni siglas, y fragmentos como el que sigue otorgan la verdadera medida de un problema que, no por no querer ver, deja de estar siempre presente: «al tremendo dolor de los hechos, por si no fuera suficiente, todavía hay que añadir el dolor que causa la incredulidad de los demás, su incredulidad y su indiferencia». Seamos valientes por una vez y apuremos esta amargura latente servida en la copa atenuante de una prosa cálida y sin fisuras.